

FORMACIÓN Y GEOPOLÍTICA PENINSULAR DE LA CORONA DE ARAGÓN

Prof. Enrique MARTÍNEZ RUIZ
Universidad Complutense de Madrid

La Corona de Aragón se va conformando a lo largo de la alta Edad Media. Tras la caída del reino visigodo hispano, se crean sus bases territoriales originarias, asentadas entre dos grandes poderes antagónicos (el Islam y el imperio carolingio) y procedentes de los reductos cristianos pirenaicos no sometidos por los musulmanes. Estos reductos arrastran una frágil vida a lo largo del siglo VIII y, desde su condición primigenia de condados bajo jurisdicción carolingia, van consolidando progresivamente su autonomía en un proceso que cristalizará en la institucionalización de la Corona de Aragón.

Los condados pirenaicos, entre el Islam y los francos

Los reductos cristianos independientes que encontramos en Asturias, Cantabria y los Pirineos fueron lo que quedó del reino visigodo tras su desmoronamiento a raíz de la invasión musulmana que se inicia en el año 710. No era la primera vez que los musulmanes trataban de poner el pie en la península ibérica, pues ya lo habían intentado hacia 680, aunque entonces fueron rechazados. Pero en esta ocasión, acaudillados por Tarik, consiguieron derrotar a los visigodos en la batalla del Guadalete, en 711. A esas fuerzas iniciales se unieron las de Muza, y esta cojunción provocó un rápido y sorprendente desplome del reino visigodo. Los dos caudillos invasores actuaron a veces unidos y otras por separado. Juntos consiguieron la victoria de Segoyuela, posiblemente en 713. Antes había caído en su poder Toloitola (Toledo), lo que les reportó el dominio de la Meseta Sur. En 714 se apoderaron de Zaragoza y el valle del Ebro, y ese mismo año controlaban la Meseta Norte, tras la conquista de León y Astorga. Abdelaziz, que había sucedido a Muza, completó la conquista del Levante en unas campañas desarrolladas en 714 y 715.

Esta oleada musulmana anegó la Península, pero no dejó en ocasiones de concluir pactos con los naturales, pactos que permitieron a algunos territorios mantener su autonomía. Los más importantes de estos fueron el de Teodomiro en Murcia y el de Ajuán, al sur de la desembocadura del Duero. Los núcleos cristianos que permanecieron independientes quedaron reducidos a una serie de enclaves montañosos en el norte, en zonas recónditas de Asturias, Canta-



La conquista musulmana. VICENS VIVES, J.: *Atlas de historia de España*. Barcelona, 1965

bria y los Pirineos, que habían sido rebasados por los invasores en su expansión por la Septimania, siendo esta la zona en que francos y musulmanes entraron en contacto. Los cristianos rebeldes de Península, así pues, quedaron horquillados entre los musulmanes y el mar al oeste, y entre los musulmanes y los francos al este.

Mientras los musulmanes establecían la primera división provincial de las tierras peninsulares conquistadas, que coincidía, *grosso modo*, con la división provincial del alto imperio romano —al oeste estaba la provincia de Mérida (que englobaba la Lusitania y la Gallaecia); al sur, la de al-Andalus (coincidente, más o menos, con la Bética); en el centro, la de Tolaitola (Carthaginensis), y al noreste, la de Sarakusta (que era la equivalente a la Tarraconensis) (1)—, los francos estaban inmersos en un proceso de consolidación de su reino.

En efecto; con incrementos territoriales provenientes de Alemania y la Provenza, los antiguos reinos de Austrasia, Neustria y Borgoña constituyeron

(1) Para la invasión musulmana de la Península y el Islam español, asuntos donde no vamos a detenernos, remitimos a «clásicos» como WATT, W.M.: *Historia de la España islámica*, Madrid, 1986, y LEVI-PROVENÇAL, E.: *España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba (711-1031 d. J.C.)*, t. IV y V de la *Historia de España* dirigida por R. MENÉNDEZ PIDAL, Madrid, 1982-1987. Véanse asimismo CRUZ HERNÁNDEZ, M.: *El Islam de Al-Andalus. Historia y estructura de su realidad social*, Madrid, 1996; CABRERA, E. (coord.): *Abderramán III y su época*, Córdoba, 1991; VALDEÓN BARUQUE, J.: *Abderramán III y el califato de Córdoba*, Madrid, 2001, y VALLVÉ, J.: *El califato de Córdoba*, Madrid, 1992.



El imperio carolingio. SIGNOS: 1, Territorios heredados por Carlomagno; 2, Territorios conquistados por Carlomagno; 3, Territorios más o menos dependientes del imperio carolingio; 4, Marcas defensivas del Imperio; 5, Líneas de resistencia del Imperio. VICENS VIVES, J.: *Atlas de historia Universal*. Barcelona, 1968

el núcleo del reino de los francos, que es restaurado en 751 por Pipino el Breve, cuyo reinado señala el inicio del longevo reino carolingio. En la formación de este pueden distinguirse tres etapas: la primera coincide con el reinado de Pipino, de 751 a 768, durante el que el reino extiende sus límites hasta la Galia por la incorporación de la Septimania y de Aquitania; la segunda corresponde a las conquistas de Carlomagno (768-814): las tierras italianas del reino de Lombardía y el ducado de Spoleto, y las alemanas de Frisia, Sajonia y Baviera, cuya anexión justificaba la restauración del Imperio en Roma, el 25 de diciembre de 800, en beneficio del conquistador por un papa que le debía su poder territorial, los Estados de la Iglesia; la tercera se caracteriza por la incorporación de nuevos territorios en los confines eslavos y la península ibérica, entre 800 y 814, período en el que fue creado un amplio glacis de marcas protectoras contra amenazas exteriores: la marca hispánica, la bretona, la danesa, la soraba, la oriental y la panónica (2). Pero estos grandes reductos militares no pudieron hacer impermeable al Imperio, que sufrió ataques de

(2) Para el emperador franco y la Europa de su tiempo, véase, entre otros, BÜHRER-THIERRY, G.: *L'Europe carolingienne (714-888)*. París, 1999.



Pipino el Breve, de Louis Félix Amiel. Musée Historique de Versailles

aventureros y de los normandos que devastaron sus costas, de manera que a la muerte de Carlomagno su obra ya estaba amenazada.

Pero no vamos a profundizar en este proceso, pues solo nos interesa en la medida en que afecte a los condados pirenaicos. Ya hemos nombrado a Carlos Martel, hijo ilegítimo de Pipino de Heristal (Pipino II o Pipino el Breve), muerto en 714, cuando Carlos tenía veintinueve años. Para que no anulara al legítimo heredero, de seis años, la reina viuda lo encarceló. Pero, como quiera que algunas regiones (Neustria, Sajonia y Austrasia) que no querían ser gobernadas por una mujer se sublevaron, Carlos escapa de la cárcel (715) y se pone al frente de los revoltosos de Austrasia, vence a los neustrianos y se presenta en Colonia, donde la reina

no tuvo más remedio que dejar Austrasia en su poder.

En 721 se produjo el primer embate musulmán en territorio franco, pero fue rechazado con la intervención del duque de Aquitania, Eudes, quien consiguió que los invasores abandonaran la Septimania. En 725 los árabes ya habían ocupado el Languedoc y la mayor parte de Borgoña, lo que los colocaba en el centro de las tierras francas; y en 732 iniciaron una poderosa ofensiva destinada a apoderarse del santuario de San Martín de Tours. Como Eudes era consciente de que por sí solo no podía detener la acometida musulmana, pidió ayuda a Carlos Martel. Los ejércitos de ambos se reunieron el 19 de octubre cerca de Poitiers, donde derrotaron a los invasores. En la batalla murió Abderramán, gobernador de la España musulmana durante el período conocido como del «emirato dependiente»; después, Carlos Martel descendió hasta el Midi en una expedición de saqueo, en la que mató a cuantos jefes musulmanes residían en aquellas tierras.

Pero los árabes no fueron derrotados en todos los frentes; y así, tomaron Aviñón y Arlés y en 735 atacaron por Borgoña. Pero Carlos Martel les empujó al valle del Ródano en 736 y al año siguiente reconquistó Aviñón. Aliándose con los lombardos, recuperó también la Provenza y dejó a los árabes confinados en Narvona. Todas estas victorias contribuyeron a unificar el reino franco en torno a Carlos, quien, aunque nunca fue coronado rey, puso y depuso reyes: destronó a Chilperico II de Neustria (719-722) y puso en su lugar a Clotario IV de Austrasia (717-719), reponiendo a aquel cuando falleció este y entronizando a Thierry (o Teodomiro) IV como rey de Neustria, Borgoña y Austrasia



Batalla de Poitiers, octubre de 732, de Charles de Steuben. Museo del Castillo de Versalles, Francia

(722-737) cuando Chilperico, a su vez, murió. Desde el fallecimiento de Teodomiro hasta el suyo propio, en 741, el vencedor de Poitiers asumió el poder y gobernó ilegítimamente.

En el tercer cuarto del siglo VIII, los acontecimientos se precipitaron a ambos lados de los Pirineos. Por lo pronto, Abderramán I (756-788) proclamó el emirato independiente, una decisión que no es aceptada por algunos valíes, como el de Barcelona, Sulayman ben al-Arabí, quien también aspiraba a convertirse en el emir cordobés, para lo que pidió ayuda a los francos.

El rey de los francos era en esos momentos Carlomagno. Nacido en Aquisgrán (742), era el primogénito de Pipino el Breve, quien al morir (768) dividió su reino entre sus dos hijos. Pero la muerte del segundo de ellos, Carlomán, en 771 dejó a Carlos (Carlos I el Grande o «Carlomagno») como dueño único de la herencia paterna. Este emprendió muy pronto una política conquistadora que se traduciría en la anexión del reino de Lombardía en 774, en alianza con el Papa, y desde 772, en el inicio de la conquista de Sajonia, una larga empresa que no concluirá hasta 804. Tan extensos territorios exigían una protección fronteriza



Batalla de Roncesvalles (778). Muerte de Roland, en *Grandes Chroniques de France*, ilustradas por Jean Fouquet, h. 1455-1460. París, Biblioteca Nacional de Francia, departamento de manuscritos, Français 6465, f. 113 (quinto libro de Carlomagno)

en consonancia. lo que llevó al rey franco a enfrentamientos contra enemigos exteriores orientales como los ávaros, cuya derrota le permitió conquistar territorios húngaros, croatas y serbios. Pero a nosotros nos interesa su incursión en la península ibérica, aprovechando las disensiones internas musulmanas.

Sulaymán al-Arabí y otros valíes opuestos a Abderramán I, para enfrentarse a él buscaron la ayuda de Carlomagno en 777, ofreciéndole a cambio Saragusta (Zaragoza). El acuerdo no cristalizó en nada positivo, pero aun así el rey franco se presentó ante la ciudad en 778. No obstante, su valí, Husayn, no se dejó intimidar y se negó a entregársela, así que, desconfiando de someterla por un asedio que se presagiaba largo —la plaza estaba bien fortificada y su ejército, pese a ser posiblemente el más formidable del siglo VIII, se hallaba muy alejado de sus bases—, Carlomagno optó por levantar el cerco, no sin antes haber hecho prisionero a al-Arabí, acusado de traición.

El rey franco decidió retornar a sus dominios atravesando Roncevalles, asolando por el camino Pamplona, la capital de los vascones. Pero cuando la retaguardia franca marchaba por el desfiladero, cayó en una emboscada tendi-



Imagen tomada de www.laguia2000.com

da por vascones y musulmanes, probablemente animados por Aysun y Matruh ben Sulayman al-Arabí, hijos de Sulaymán, cuya liberación consiguieron en el curso de la batalla. Los destrozos causados por el ataque en la retaguardia franca fueron tales que en el choque pereció un sobrino de Carlomagno, Roldán. Los vencedores de Roncesvalles se retiraron a Zaragoza. Matruh fue enviado por su padre a controlar Barcelona y Gerona. Y cuando su progenitor murió en 780, se puso de parte de Abderramán I, ayudándole a conquistar Zaragoza en 781.

Pero el interés del rey franco por los asuntos peninsulares no desapareció tras el descalabro de Roncesvalles, y en 785 fundó el condado de

Gerona, que se le había entregado sin lucha, quedando así la frontera con el Islam delimitada por el río Ter. Cuatro años más tarde, en 789, Husayn de Zaragoza se sublevó otra vez y se hizo con el control de Zaragoza y Huesca. Matruh murió en 792 y en Barcelona tomó el poder Sadun al-Ruayni, quien en 797 se presentó en Aquisgrán ante Carlomagno en solicitud de ayuda contra el emir cordobés, al-Hakam I, ofreciéndole a cambio Madinat Barshiluna (Barcelona). En esa ocasión, el rey franco pondría al frente del ejército que envió a la Península a su hijo Ludovico Pío, que luego sucedería a su padre y a quien se conoce como Luis I el Piadoso.

Ludovico Pío aspiraba a tomar Barcelona sin lucha en el otoño de 800 — año de la coronación imperial de Carlomagno —, pero Sadun se negó a entregarla. Ludovico tuvo que atacarla, planteándose un largo asedio. Sadun fue capturado y el nuevo, y último, valí de Barcelona fue Harun, deseoso de continuar la lucha contra los francos; pero su círculo próximo lo depuso y lo entregó a Ludovico Pío (801), quien prosiguió su avance hasta Tortosa, pero fue rechazado hasta el Llobregat.

Ludovico Pío sucedió a su padre en 814, y a su muerte, sus tres hijos, Carlos, Lotario y Luis, se repartieron el imperio por el tratado de Verdún (843).

Los comienzos de la configuración aragonesa

Como ya hemos adelantado, en el siglo VIII, entre las marcas levantadas para la defensa del reino franco estaba la hispánica, creada con objeto de frenar los posibles ataques de los musulmanes de al-Andalus. La marca iba de



Invasiones árabes y normandas. VICENS VIVES, J.: *Atlas de historia Universal*. Barcelona, 1968

un lado a otro de los Pirineos y estaba dividida en condados, gobernados por marqueses y condes subordinados a Carlomagno. El Rosellón fue el primer condado que controló, situado al norte de los Pirineos. Y en 785 se pondrían bajo la protección de Ludovico Pío, hijo de Carlomagno y rey de Aquitania, Gerona, Urgel y Cerdeña, lo que propició la conquista de Barcelona.

A la muerte de Carlomagno, los condados se fueron desvinculando de los francos, y el cargo de conde terminó por convertirse en título hereditario. En el siglo IX estas circunscripciones experimentaron un proceso de afianzamiento y de creciente autonomía, que discurre paralelo a la desintegración del imperio carolingio y que les llevó, incluso, a entablar relaciones con los musulmanes.

Por el tratado de Verdún, la Marca Hispánica le correspondió a Carlos el Calvo, en cuyo reinado, además de los problemas con sus hermanos, se produjeron entre 856 y 861 las invasiones de los normandos, que en 858 entran por el Ebro y, remontándolo, alcanzan el Aragón. Desde este pasan al Arga y, por último, llegan a Pamplona, a la que saquean y donde secuestran al rey de Navarra. En 877, Carlos firmó las capitulaciones de Quierzy, en las que, además de otras estipulaciones, se establecía la condición hereditaria de los cargos condales, lo que allanó el camino hacia la independencia de los condados de la Marca Hispánica.



www.Losreinoscristianos.files.wordpress.com

Las distintas piezas del mosaico hispano pirenaico limitaban al oeste con el reino de Pamplona; al norte, con el Cantábrico y los francos; al sur, con el Califato; al oeste, con el condado de Castilla, y al este, con el de Aragón. Este, junto con los de Sobrarbe y Ribagorza, componía los condados aragoneses, que limitaban al norte con los francos, al sur con los musulmanes y al este con el más oriental de los condados catalanes, el de Pallars. Al este seguían los condados de Urgel, Cerdaña y Rosellón, todos limítrofes con los francos. El de Barcelona los cerraba por el sur, y Pallars y Urgel limitaban además con los musulmanes; el de Besalú tenía el de Cerdaña al este, el Rosellón al norte, el de Barcelona al sur y al este el de Ampurias, uno de los tres condados —con el Rosellón y Barcelona— que tenían salida al Mediterráneo.

En el caso de Navarra, de la que no nos vamos a ocupar (3), el conde de Pamplona, Íñigo Arista, se independizó de los francos y creó el reino de Navarra, que empezó a ganar terreno hasta alcanzar su máxima expansión con Sancho III el Mayor (4) en el siglo XI, pero al morir, por la concepción patrimonial del poder imperante en la época, dividió el reino entre sus hijos.

El condado de Aragón tomó su nombre, posiblemente, de los dos ríos de ese nombre: el Aragón, que baja desde Canfranc y riega Jaca, la principal ciudad de su cuenca, y el Aragón menor o Subordán, que irriga el valle de Hecho. En esos territorios se refugiaron los cristianos que no deseaban someterse a los invasores musulmanes y que en los inicios del siglo IX, como otros territorios pirenaicos, aceptaron la supremacía franca. Allí, Carlomagno y sus sucesores, bien enviaron unos representantes con el título de «condes», o bien aceptaron a

(3) Véase LARREA, J. J.: *La Navarre du IV^e au XII^e siècle. Peuplement et société*. París, 1998.

(4) Sobre este personaje, ORCÁSTEGUI, C. y SARASA, E.: *Sancho III el Mayor (1004-1035)*. Burgos, 2000.

los jefes naturales, que a lo largo del siglo IX van desmarcándose de los francos y crean las dinastías autóctonas de los condados en el siglo siguiente.

El primer conde que aparece gobernando las tierras al sur de los Pirineos y al norte de Zaragoza y Huesca es Aureolus u Oriol, que murió en 809. Pero fue Galindo Aznar I, que gobernó desde la década de 830 hasta la de 860, quien se emancipó de la tutela carolingia, mientras que sus hijos Aznar Galindo II y Galindo II Aznar se aproximaron a los reyes de Pamplona y a los musulmanes de Huesca. Con ellos fueron emparentando por vía matrimonial a lo largo del siglo, hasta que García Sánchez (925-970) incorporó el condado de Aragón al reino de Pamplona, al que permaneció vinculado hasta la muerte de Sancho el Mayor, en 1035, si bien el condado conservó durante ese tiempo cierta autonomía (5).

Sobrarbe estaba bajo la autoridad del valí de Huesca, y comprendía dentro de sus límites las ciudades de Boltaña, Alquézar y Barbastro, este el núcleo urbano y económico más importante del territorio, de cuya parte más septentrional, desde 775, era señor Blasco de Sobrarbe, quien integró esas comarcas en el condado de Aragón. Pero a comienzos del siglo X se unió al condado de Ribagorza merced al matrimonio de Bernardo Unifredo con Toda Galíndez, hija de Galindo II Aznar, que aportó el Sobrarbe como dote al matrimonio.

De los tres condados aragoneses, Ribagorza era el de mayor dependencia franca, como los demás condados orientales catalanes. En el siglo IX estaba formado por los valles de los ríos Noguera-Ribagorza y Noguera-Pallaresa e Isábena y vinculado al conde de Tolosa; pero, a raíz de la crisis tolosana del último cuarto del siglo IX, Raimundo I de Ribagorza-Pallars se declaró conde independiente e inició su propia dinastía, de forma que podemos considerar el siglo X como el del inicio de la disgregación de la Marca Hispánica.

CONDADOS CATALANES

<i>Condado</i>	<i>Independiente hasta...</i>	<i>Anexionado por...</i>
Barcelona		
Berga	1117	Barcelona
Besalú	1117	Barcelona
Cerdaña	1117	Barcelona
Conflent	h. 897	Cerdeña
Ampurias	1325	Aragón
Gerona	Desde fines del s. IX	Unificado con Barcelona
Manresa	Subordinado siempre a	Barcelona
Osona	Subordinado siempre a	Barcelona
Pallars	Dividido en dos en 1110: Pallars Jussa y Pallars Sobirà	Vasallaje a Barcelona o Aragón
Rosellón	1172	Aragón
Urgel	1231	Aragón

(5) SÈNAC, Ph.: *La Frontière et les hommes (VIII^e-XII^e siècle). Le peuplement musulman au nord de l'Ebre et les débuts de la reconquête aragonaise*. París, 2000.

Más al este, y tras la conquista franca, se hace mención de unas divisiones administrativas que reciben el nombre de «condados»; se trata de los territorios de Urgel, Barcelona, Gerona, Osona, Ampurias y Rosellón, internamente divididos en «pagos», como Berga o Vallespir. Estas circunscripciones más pequeñas parecen tener un origen anterior a los francos, toda vez que sus límites coinciden con los territorios ocupados por tribus ibéricas (por ejemplo, el condado de Osona se correspondía con el territorio de los ausetanos; el de Cerdaña, con el de los ceretanos, etc.), lo que parece demostrar que en tiempos de los romanos y de los visigodos estos parajes debieron de tener alguna entidad administrativa o política, aprovechada luego por los francos para organizar esos territorios bajo su dependencia. Estos incluso recurrieron en principio a la aristocracia local para el nombramiento de los condes, pero ante las tentativas de convertir esos cargos en hereditarios, se nombraron condes francos. De este modo, Gerona, Urgel y Cerdaña tuvieron que aceptar en 785 la subordinación al imperio carolingio, a lo que siguió la ocupación carolingia de Ribagorza, Pallars, Cerdaña, Besalú, Gerona, Ausona y Barcelona, para cuyo gobierno el rey franco nombró marqueses con facultades militares —también tenían poderes políticos y judiciales—, a fin de que pudieran enfrentarse con mayores posibilidades a los enemigos árabes de la península ibérica. De esta forma, la totalidad de la Marca Hispánica fue estabilizándose a lo largo del siglo IX como una frontera entre francos y musulmanes.

Por lo que respecta a los condados más orientales (6), en el siglo X se va configurando la superioridad de Barcelona, que desde principios de siglo ya controlaba también a los de Osona y Gerona, pero poco o nada podía hacer ante el poder de Córdoba —Almanzor cercó y saqueó Barcelona en 985—. Sin embargo, cuando se produjo la caída del califato, los territorios cristianos pudieron tomar la iniciativa y comenzar una expansión que repoblaba las zonas conquistadas militarmente, financiando este esfuerzo repoblador mediante el cobro de tributos o parias a los reinos de taifas a cambio de acuerdos de no agresión; simultáneamente, sus vínculos con los francos se fueron haciendo cada vez más débiles, sobre todo a raíz de la crisis y fragmentación del imperio carolingio, lo que permitió que los condados francos se transmitieran hereditariamente. En este sentido, Wilfredo el Velloso fue el último conde designado por los francos y el primero que transmitió sus territorios a sus hijos.

Wilfredo, conde de Urgel y Cerdaña, en 877 recibió de los francos los condados de Barcelona, Gerona y Besalú. Y si bien a su muerte este conjunto territorial fue dividido, los condados de Barcelona, Gerona y Osona se mantuvieron unidos, dando así origen al patrimonio territorial de la casa condal de Barcelona, lo cual se ha considerado el comienzo de la independencia de estos condados de la Marca Hispánica que en el siglo XIV formaron el principado de

(6) Para la expansión catalana, véanse SABATÉ, F.: *L'expansió territorial de Catalunya (segles IX-XII): conquesta o repoblació?*, Lleida, 1996, y BONNASSIE, P.: *La Catalogne du milieu du X.^e à la fin du XI.^e siècle. Croissance et mutations d'une société*, 2 vols., Toulouse, 1975.



Origen del escudo del condado de Barcelona (Real Academia Catalana de Bellas Artes de Sant Jordi). Según la leyenda, Claudi Lorenzale pintó (1843-1844) el momento en que Carlos el Calvo, con la sangre de la herida de Wilfredo en los dedos, creaba las cuatro barras del escudo de armas del condado de Barcelona

Cataluña. Los sucesores de Wilfredo mantuvieron su lealtad a los francos hasta Borrell II, que ante el ataque de Almanzor en 985 abandonó Barcelona y se refugió en Montserrat en espera de la ayuda franca. Pero tal ayuda nunca llegó, y todo apunta a que esta deslealtad, que disgustó profundamente al conde, se traduciría en la ruptura de los vínculos de vasallaje entre Barcelona y los francos, pues no consta que en el cambio de la dinastía carolingia por la de los Capeto acudiera a prestar juramento de fidelidad al nuevo rey, aunque se le requirió por escrito. Esta omisión es considerada el inicio de la independencia del condado barcelonés.

Por otra parte, la frontera entre cristianos y musulmanes era en el siglo X bastante difusa (7). En la Marca Hispánica había pobladores de obediencia incierta, y la amplitud de la zona que separaba a unos y otros oscilaba sobremanera. En Lérida y Balaguer era más estrecha, por la fuerza de ambos enclaves musulmanes y la existencia de comunidades cristianas con vínculos muy estrechos con las del otro lado fronterizo. En el sudoeste de Barcelona, en cambio, esa franja era mucho más amplia y se fue poblando de castillos estratégicamente situados en las alturas para servir de defensa y protección, castillos que sirvieron para atraer nuevos pobladores mientras en los valles se multiplicaban los núcleos de población a la sombra de edificios religiosos, que iban entretejiendo otra red territorial.

En el siglo XI, los condados orientales y occidentales de la Marca Hispánica van a dar un salto cualitativo. El nacimiento del reino de Aragón se sitúa en 1035, cuando Ramiro I (1035-1063) lo creó sobre las tierras recibidas en herencia a la muerte de su padre, Sancho el Mayor, tierras que coincidían con los límites del condado homónimo. Ramiro incorporó otros territorios más al este, en Sobrarbe y Ribagorza, al morir su hermano Gonzalo en 1039, pero sin que cambiara la denominación del reino, que conservaría siempre el nombre de los territorios patrimoniales de su primer rey. Así se configuró una entidad política que limitaba al oeste con el reino navarro y al este con los condados de Urgel y Barcelona. Al sur tropezaba con las tierras del valle del Ebro, que estaban en poder musulmán y así permanecerían hasta que el reino

(7) Para la evolución de las fronteras durante la Reconquista, véase MESTRE CAMPÍ, J., y SABATÉ, F.: *Atlas de la «Reconquista». La frontera peninsular entre los siglos VIII y XV*. Barcelona, 1998.

aragonés estuvo en condiciones de movilizar ejércitos lo suficientemente poderosos para enfrentarse con posibilidades de éxito a sus vecinos del sur. Esto ocurriría cuando, en 1076, se incorporaron las tierras del reino de Pamplona (incorporación que duró hasta 1134), y los reyes Sancho I (1063-1094) y su hijo Pedro I (1094-1104) (8) acaudillaron unas campañas en las que los éxitos se sucedieron con las conquistas de Graus (1083), Arguedas (1084), Monzón (1089), Huesca (1096) y Barbastro (1101). Sancho I fue también rey de Navarra desde 1076, año de la muerte de Sancho Garcés IV, *el Despeñado*, asesinado por sus hermanos, mientras Alfonso VI de Castilla y León invadía la Rioja y los navarros ofrecían a Sancho Ramírez I de Aragón (9) la corona, empezando así lo que se ha llamado el gobierno aragonés de Navarra, que se prolongaría hasta la muerte de Alfonso I el Batallador, acaecida en 1134.

Las conquistas de Graus y Barbastro son especialmente significativas, pues conformaban una cuña musulmana clavada en el territorio aragonés. Ramiro I (10) intentó varias veces ocuparlas infructuosamente. Barbastro era la capital nororiental de la taifa de Zaragoza y contaba con el mercado más importante de aquellos territorios. Ramiro volvió a la carga aprovechando el momento de debilidad que atravesaba el poder musulmán al disgregarse el califato de Córdoba y formarse los reinos de taifas (11). Ello explica que los musulmanes tuvieran que recurrir a procedimientos extraordinarios para defenderse, como se evidenció en el ataque de Ramiro I a Graus (1063), a cuya defensa acudió el rey zaragozano al-Muqtadir con un ejército que encuadraba un contingente castellano, a las órdenes de Sancho II de Castilla, hermano de Alfonso VI de León. Entre quienes formaban ese contingente figuraba el Cid Campeador (12). Lo peor para Aragón fue la muerte de su rey en la batalla. Barbastro cambiaría varias veces de manos hasta que Pedro I de Aragón la conquista definitivamente en 1101.

Para entonces se había producido una reunificación política de las tierras del Islam español bajo al égida almorávide. Estas tribus, originarias del centro del Sahara, a mediados del siglo X iniciaron un arrollador proceso de expansión que les condujo a alcanzar el Sudán por el sur y el Magreb por el norte; llegaron a la península ibérica en 1086, reclamados por los musulmanes españoles, y rehicieron la unidad política de los musulmanes españoles.

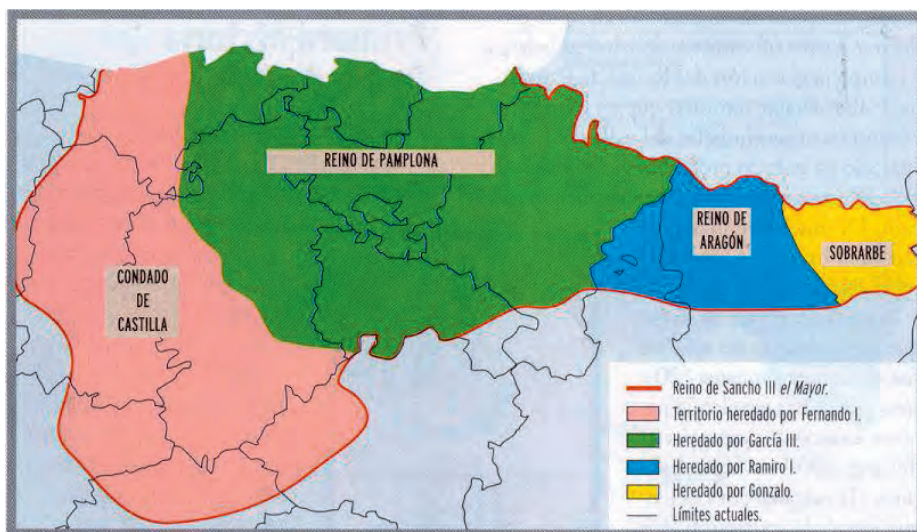
(8) Véase LALIENA CORBERA, C.: *Pedro I de Aragón y de Navarra (1094-1104)*. Burgos, 2001.

(9) BUESA CONDE, A.: *El rey Sancho Ramírez*, Zaragoza, 1978, y SARASA SÁNCHEZ, E.: *Sancho Ramírez, rey de Aragón y su tiempo (1064-1094)*, Zaragoza, 1994.

(10) DURÁN GUDIOL, D.J.: *Ramiro I de Aragón*. Zaragoza, 1993.

(11) Para estos reinos y las invasiones norteafricanas, véase VIGUERA MOLINS, M.J.: *Los reinos de taifas y las invasiones magrebíes*. Madrid, 1992.

(12) Este personaje ha suscitado una amplia bibliografía, de la que nos limitaremos a citar tres trabajos: MENÉNDEZ PIDAL, R.: *La España del Cid*, Madrid, 1969; MARTÍNEZ DIEZ, G.: *El Cid histórico*, Barcelona, 1999, y PEÑA PÉREZ, F.J.: *El Cid Campeador. Historia, leyenda y mito*, Burgos, 2000.



Herencia de Sancho III. Biblioteca Gonzalo de Berceo. Catálogo general en línea@vallenajerilla.com

Alfonso I el Batallador, sucesor de su hermano Pedro I, rey de Aragón y Navarra entre 1104 y 1134 (13), fue aún más afortunado que sus antecesores en el trono, pues en un plazo de tres años, de 1118 a 1120, conquistó ambas orillas del Ebro con las ciudades de Zaragoza (1118, tras un largo y duro asedio), Tudela (1119), Calatayud y Daroca (1120) y Tarazona (1124), llegó a las cuencas de los ríos Jalón y Jiloca y aun amenazó Lérida y Tortosa. La unión de las coronas aragonesa y navarra, con el consiguiente incremento de su capacidad militar, le permitieron ampliar su territorio unos 30.000 kilómetros, extensión que fue necesario repoblar sin tardanza con cristianos para evitar las revueltas constantes que habría provocado una población preponderantemente musulmana.

Sin embargo, a su muerte, acaecida en la campaña contra Fraga (Huesca), se produjo una crisis en esta línea expansiva, pues Alfonso VII de Castilla, *el Emperador*, ocupó las tierras que Alfonso había conquistado al sur del Ebro. Además, la situación se agravó por los problemas sucesorios. Como quiera que Alfonso el Batallador murió sin descendencia, en su testamento designó como herederos a las órdenes del Santo Sepulcro, el Temple y San Juan de Jerusalén (o del Hospital). Aragón nombró rey a Ramiro II el Monje, hermano de Alfonso, que había ingresado en 1093 en el monasterio de Saint Pons de Thomières, en el Midi. Ramiro aceptó el trono, así como contraer matrimonio, con la condición de regresar al cenobio una vez que hubiese tenido un heredero.

(13) LACARRA, J.M.: *Alfonso I el Batallador*. Zaragoza, 1976.

ro. Los navarros, por su parte, no aceptaron el testamento y eligieron rey a García V (1134-1150), quien a la muerte de Alfonso I el Batallador reclamó el trono pamplonés, que antes de 1076 había pertenecido a Sancho Garcés IV (1054-1076), su tío abuelo, separándose entonces de Aragón.

Las órdenes religiosas adquirieron gran predicamento en el reino basándose en el testamento de Alfonso I, por lo que fueron compensadas en los años siguientes con la cesión de tierras y el otorgamiento de privilegios: la Orden del Temple tuvo sus mejores posesiones en el señorío de Monzón (desde 1182) y en el de Tortosa (1182); la del Santo Sepulcro fijó el centro de las suyas en Calatayud, y la del Hospital, en Mallén.

Ramiro II se casó con Isabel de Poitiers y de esa unión nació Petronila, lo que planteaba un difícil situación, pues en Aragón las mujeres no podían reinar, pero sí transmitir a sus descendientes los derechos al trono. Los posibles candidatos a la mano de Petronila eran el rey castellano y el conde barcelonés. Temiendo que Aragón quedara subordinado a Castilla, se optó por este último, Ramón Berenguer IV (1131-1162).

El condado de Barcelona también experimentó un progresivo crecimiento desde principios del siglo XII, pues Ramón Berenguer III (1082-1131), en 1111, merced a una alianza matrimonial había añadido a sus territorios el condado de Besalú, y por herencia absorbería el de Cerdaña unos siete años después. También había conquistado parte del condado de Ampurias de 1123 a 1131, y desde 1112 controlaba igualmente el condado de Provenza al hacerse con la tutela de su sobrino, conde del mismo. Más tarde, entre el último tercio del siglo XII y el siglo XIV, se integrarían en lo que sería la Corona de Aragón los condados de Pallars (que mantuvo dinastía propia hasta 1491), Urgel (que mantuvo la suya hasta 1413), Rosellón y Ampurias. A la muerte de Ramón Berenguer III, le sucedió como conde de Barcelona Ramón Berenguer IV, mientras que su hermano gemelo, Berenguer Ramón, hacía lo propio en Provenza.

Los sponsales de Petronila y Ramón Berenguer IV se celebraron en 1137, cuando aquella tenía tres escasos años, lo que selló la unión del reino de Aragón con el condado de Barcelona. Pero Ramiro II de Aragón conservó el título de rey y la dignidad real, heredada legítimamente de su antepasado Sancho III el Mayor, por lo que Ramón Berenguer firmaba como conde de Barcelona y príncipe de Aragón. No obstante, Ramiro renunció al gobierno de hecho.

A la muerte de García V Ramírez de Navarra, en 1150, aprovechando la debilidad política del reino, por el tratado de Tudillén (1151) Castilla y Aragón se repartían los territorios navarros, aunque dicho reparto no se llevaría a efecto; además, los firmantes convenían en que las tierras que pudieran conquistar a los musulmanes se adjudicarían a Aragón, incluidas Denia y el reino de Murcia (menos Lorca y Vera). Como contrapartida, Ramón Berenguer prestaría homenaje al rey de Castilla. Este juramento se mantuvo hasta 1177, cuando el aragonés renunció a la conquista de Murcia. Con la ayuda de templarios y hospitalarios, el conde barcelonés conquistaría las taifas de Tortosa y Lérida en 1148 y 1149, tierras que no se incorporaron al reino en calidad de condados

—su conquistador se intituló marqués de los mismos—. Ramón Berenguer IV moría en 1162 y le sucedía como conde de Barcelona su hijo Alfonso II, menor de edad, que recibiría el reino de Aragón al año siguiente por donación de su madre (1162-1196), convirtiéndose así en el primer rey de la Corona de Aragón (14) —su nombre original era Pedro, pero en honor del Batallador lo cambió por el de Alfonso—. Con él se consolidó la unidad del reino de Aragón y el condado de Barcelona, y durante su reinado continuó la expansión reconquistadora, sobre todo por el ámbito aragonés. Aquí, siguiendo el curso del río Alfambra llegó hasta Teruel, ciudad que fundó en 1171 y a la que concedió fueros y privilegios. La ayuda que el rey aragonés prestó al castellano Alfonso VIII en la conquista de Cuenca liberó a Aragón de su vasallaje respecto de Castilla, y ambos reyes volvieron a tratar en Cazorla, en 1179, del reparto de las tierras que pudieran conquistar, acordando que el rey de Aragón ocuparía las tierras musulmanas del reino de Valencia, con Játiva y Denia hasta Alicante.

A Alfonso II le sucedió Pedro II (1196-1213) (15), que se casó con María de Montpellier, lo que propició un cambio en la orientación de la política aragonesa, que basculará ahora al otro lado de los Pirineos, aunque sin renunciar por ello a la acción en la Península. Pedro II estableció un vínculo con Tolosa por el matrimonio de su hermana con Ramón VI, titular de ese condado, y recibió el vasallaje de algunos señores del sur de Francia, entre ellos el del propio conde de Tolosa.

Desde fines del siglo XI, los almorávides (16) habían unificado el Islam español. En 1086 derrotaron a Alfonso VI de Castilla en Zalaca y se apoderaron de los reinos de taifas, que en 1090 fueron convertidos en una especie de protectorado de Marraquech. Por otro lado, en el sur de Francia, desde mediados del siglo XII se había ido extendiendo la herejía cátara o albigense. Pues bien, Pedro II tendrá que enfrentarse a ambas realidades. En pleno conflicto herético, Pedro buscó el reconocimiento papal y fue coronado por Inocencio III en 1204, renovando así el vasallaje aragonés al Papado. El papa Inocencio le requirió para que luchase contra la herejía cátara, y el rey respondió al requerimiento pontificio con unas campañas más simbólicas que otra cosa. En 1212 lo vemos ayudando a Alfonso VIII de Castilla (17), en la batalla de las Navas de Tolosa (18), a derrotar a los almohades, artífices de la segunda oleada islámica africana, que llegó a la Península a mediados del

(14) CLARAMUNT, S., y UTRILLA, J.P.: *La génesis de la Corona de Aragón. Desde la invasión almorávide hasta la muerte de Ramón Berenguer IV*. Barcelona-Zaragoza, 1989.

(15) SCHRAMM, P.E.; CABESTANY, J.F., y BAGUÉ, E.: *Ramón Berenguer IV, Alfons el Cast, Pere el Catòlic: els primers comtes-reis*. Barcelona, 19802.

(16) Véase LAGARDERE, V.: *Les Almoravides jusqu'au règne de Yusuf Tasfin (1039-1106)*. París, 1989.

(17) Para este rey, véanse GONZÁLEZ, J.: *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, 3 vols., Madrid, 1960, y MARTÍNEZ DIEZ, G.: *Alfonso VIII. Rey de Castilla y Toledo*, Burgos, 1995.

(18) No nos estamos deteniendo en el análisis de las batallas; para ello véase HUICI, A.: *Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas (almorávides, almohades y benimerines)*. Granada, 2000 (ed. facs.)

siglo XII, cuando los almorávides habían perdido su fuerza de antes y los reinos cristianos reanudaban sus conquistas hacia el sur. Los almohades llegaron en 1146 y controlaron el Islam español hasta su derrota, como hemos señalado, en las Navas de Tolosa en 1212. Por lo que respecta al problema del sur de Francia, la cruzada contra la herejía se convirtió en una campaña para la conquista del Languedoc, lo que movió a Pedro II, aunque se declarara católico, a defender a sus vasallos herejes, luchando contra la cruzada antialbigense hasta su muerte en el asalto al castillo de Muret (1213) (19).

La muerte de Pedro II puso a la Corona de Aragón ante el dilema de continuar la política de expansión por el sur de Francia —con el que tenía vínculos el condado de Barcelona— o centrarse en la Península —hacia donde miraba el reino de Aragón—,

así que ante la Corona se abrían dos posibles líneas de actuación exterior, aunque la occitana era mucho más ardua.

El heredero aragonés era el hijo de Pedro II, Jaime I el Conquistador (1213-1276), varón de corta edad y rehén de Simón de Monfort. Inocencio III pidió a Monfort que lo liberase, y este accedió al deseo pontificio. Jaime llegó a Aragón en 1213, para ser coronado a los cinco años (20), de modo que la Orden del Temple asumió la tutela del rey menor. El de la regencia templaria fue un tiempo de pugnas nobiliarias y crisis económica. Jaime tuvo que someter a las ciudades que apoyaban las revueltas, como Zaragoza y Jaca, y enfrentarse a la presión de las noblezas aragonesa y catalana. Este borrascoso panorama empezó a despejarse en 1227, cuando el rey, una vez declarado mayor de edad, pactó con los nobles la paz a cambio del perdón. Así pues, la actividad reconquistadora tenía en definitiva como objetivo encauzar las ambiciones aristocráticas hacia el exterior, evitando por añadidura que el reino quedara bloqueado por el avance castellano.



Jaime I de Aragón recibiendo del obispo y jurista Vidal de Canellas los fueros de Aragón ante otros magnates eclesiásticos. Ene inicial miniada del *Vidal Mayor*, primera compilación de los fueros aragoneses

(19) ALVIRA CABRER, M.: *El 12 de septiembre de 1213. El jueves de Muret*. Barcelona, 2002. Véase también BARRERAS, D.: *La cruzada albigense y el imperio aragonés: la verdadera historia de los cátaros, Jaime I el Conquistador y la expansión de la Corona de Aragón*. Madrid, 2007.

(20) Véase la obra colectiva *Jaime I y su época*, 3 vols., Zaragoza, 1979, donde se reúnen trabajos relativos a todas las cuestiones que aquí apuntamos y a otras de este reinado.

Particularmente grave fue el fortalecimiento de la nobleza aprovechando la minoría de edad del rey, circunstancia que podía desembocar en el enfrentamiento de facciones aristocráticas rivales en su pugna por condicionar la voluntad real, y en el consiguiente debilitamiento del reino, como efectivamente ocurrió cuando se desató una especie de guerra civil al ser muerto Pedro de Ahones por un caballero de Jaime. Como sucediera en otras ocasiones, el rey se apoyó en la nobleza leal y en fuerzas sociales emergentes como la burguesía mercantil catalana, que había visto cómo se debilitaba su posición allende los Pirineos a causa de la herejía albigense y necesitaba nuevos espacios donde desarrollar sus actividades. Derrotados los rebeldes, Jaime I consolidó su posición con disposiciones favorecedoras de la burguesía catalana, como que las mercancías catalano-aragonesas solo pudieran cargarse en barcos catalanes, y sobre todo brindando a la aristocracia una empresa que proyectara las energías hacia afuera y resultara beneficiosa para todo el reino en vez de debilitarlo.

Con Jaime I la Corona de Aragón, pues, se inclinó por la opción peninsular y en el siglo XIII vivió su gran expansión reconquistadora, incorporando las islas Baleares y el reino de Valencia. En efecto, continuó la lucha contra el Islam por mar y por tierra. La primera campaña, que se canalizó contra las islas Baleares, fue de protagonismo fundamentalmente catalán, pues el rey buscó involucrar a la alta nobleza del condado y de las ciudades. En esta empresa se destacó particularmente Barcelona, la más interesada en acabar con la piratería balear. También acudieron magnates laicos y eclesiásticos y notables del otro lado de los Pirineos.

El motivo desencadenante de la conquista fue la captura de dos barcos aragoneses por el mallorquín Abu Yahya hacia 1227. Jaime I pidió una compensación que no se le dio, así que las Cortes reunidas en Barcelona apoyaron la decisión real de invadir el archipiélago. La conquista de las Baleares fue rápida y no muy complicada, facilitada por la situación de los musulmanes de la Península y el norte de África, con el poder almohade en plena descomposición (21), desmembrado en microsoberanías locales incapaces de socorrer a las islas. La campaña empezó en 1229, y en tres meses se conquistó gran parte de Mallorca, incluida Palma, aunque durante los dos años siguientes en la isla continuó habiendo población musulmana. La acción continuó contra Ibiza, a la que se conquistó en 1235. En cuanto a Menorca, prestó juramento de vasallaje a Jaime I en 1231 y permaneció musulmana hasta 1287, en que quedó sometida por Alfonso III de Aragón. Sometida Mallorca, la mayoría de sus habitantes se exiliaron a Granada o al norte de África y la repoblación la realizaron los catalanes. Los participantes en la conquista, incluidos los musulmanes colaboradores, recibieron prerrogativas fiscales y autorización para comerciar con los puertos de la Península. Jaime también favoreció a Génova, a Pisa y a los cónsules marseleses, que aportaron naves y un contingente de caballeros a las fuerzas conquistadoras. El papa Gregorio IX concedió a los repobladores las mismas indulgencias que a los cruzados.

(21) Véase HUICI, A.: *Historia política del Imperio Almohade*, 2 vols. Granada, 2000 (ed. facs.)



Batalla de Portopí, fragmento de las pinturas murales de la conquista de Mallorca procedentes del Palacio Aguilar de Barcelona y conservadas en el Museu Nacional d'Art de Catalunya. Datadas h. 1285-1290

Después, el objetivo del rey aragonés fue el reino de Valencia, desgarrado por divisiones internas (22), y su conquista, ejecutada entre 1232 y 1244, fue una operación fundamentalmente aragonesa, con intervención de las órdenes militares. Las Cortes de Monzón de 1232 aprobaron las operaciones contra los valencianos, que se desarrollaron en tres fases. La primera tuvo como escenario el norte del reino, coincidente, más o menos, con lo que hoy es la provincia de Castellón, donde se conquistaron lugares como Morella, Ares, etc. en algo más de un año, con participación de la nobleza aragonesa y de las milicias de Teruel. El rey asumió la dirección de la empresa ocupando entre 1232 y 1236 Burriana, Peñíscola, Castellón, Paterna o Betera y el resto de la Plana. La segunda etapa de la conquista discurrió por el centro del territorio, donde se incorporaron la huerta valenciana y la capital en 1238. La parte meridional restante del reino se ocupó entre 1239 y 1245. Muchos puntos del territorio se incorporaron a Aragón por capitulaciones, y no por conquista, de suerte que buena parte de la población musulmana permaneció en sus tierras. La nobleza aportó el grueso del ejército para la empresa y esperaba ser recompensada en consecuencia, pero Jaime I, buscando recortar su poder, aunque repartió tierras no lo hizo en la medida que el estamento nobiliario deseaba. La repoblación valenciana no empezó acto seguido de la conquista. Se demoraría hasta 1247, cuando, sofocada la sublevación de la población musulmana, y sometida y expulsada esta, los repobladores catalanes se asentaron en la costa y en las ciudades, mientras que los aragoneses lo hicieron en el interior y en las montañas.

(22) Véase LÓPEZ ELUM, P.J.: *La conquista de Valencia*, Madrid, 1988; ÍDEM: *La conquista y repoblación valenciana durante el reinado de Jaime I*, Valencia 1995, y LAMARCA, L.: *Noticia histórica de la conquista de Valencia por el rey D. Jaime I de Aragón*, Valencia, 1997.



Imagen procedente de <http://www.clanguardias.com>

También frustró las aspiraciones nobiliarias a la hora de decidir el futuro de Valencia dentro de la Corona de Aragón. En principio, le concedió el fuero de Aragón, pero ante las protestas de los nobles catalanes y el interés de los nobles aragoneses de que se incorporara como una prolongación de Aragón y con los fueros aragoneses, el rey decidió que fuera un reino independiente, dando al territorio y a la capital su propio fuero.

Poco antes de que concluyera la campaña, en 1244, Jaime I se reunió con Fernando III el Santo de Castilla, con quien firmó el tratado de Almizra, que ratificaba acuerdos anteriores y reservaba el reino de Murcia y parte de Alicante a Castilla. El tratado ponía fin a la reconquista de la corona aragonesa. Otro tratado, el de Corbeil, de 1258, ajustado con el rey de Francia,



Tratado de Almizra (1244). www.wikipedia.org

comprometía a Jaime I a no intervenir en el sur galo a cambio de la renuncia francesa a Montpellier, Cerdaña y el Rosellón. Esta fecha se puede considerar la que marca la independencia total de Francia de los condados catalanes, que pasaron a depender en exclusiva del rey de la Corona de Aragón, cuyas fronteras quedaron fijadas al oeste con Castilla y al este con Francia, por lo que no le quedaba más línea de expansión que el Mediterráneo.

Jaime había casado en primeras nupcias con Leonor de Castilla, de la que se divorció, y en 1236 casó de nuevo con Violante de Hungría, deseosa de dejar a sus hijos bien colocados, lo que iba en perjuicio de la descendencia del primer matrimonio de Jaime. Ello originó una serie de discordias que fragmentaron el reino y complicaron los años finales del reinado. En razón de la concepción patrimonial del poder, en su testamento el rey dejaba Aragón a Pedro, y los territorios ultrapirenaicos y Mallorca, como vasallos de Aragón, a Jaime, abdicando una semana antes de morir, subiendo al trono Pedro III (1276-1324) (23). Jaime II fue rey de Mallorca (1262-1311); le sucedieron Sancho (1311-1324) y Jaime III (1324-1349).

La oportunidad para iniciar la expansión por el Mediterráneo se le presentó muy pronto a Pedro III (24), al extinguirse la dinastía Stauffen y morir su suegro, Manfredo de Sicilia, en Benevento derrotado por Carlos de Anjou. Así que todo su interés se centró en la preparación de la empresa siciliana, por lo

(23) Para este rey, véase RUBIO CALATAYUD, A.: *Pedro III, el Grande: Aragón en el Mediterráneo*, Cuarte de Huerva (Zaragoza), 2004, y MORENO ECHEVARRÍA, J.M.º: *Pedro III el Grande, rey de Aragón*, Barcelona 1980.

(24) SOROA Y PINEDA, M. de: *Historia del reinado de Don Pedro III El Grande de Aragón y de los orígenes de la penetración aragonesa en Italia*. Zaragoza, 2000.

que sometió a los musulmanes sublevados en Valencia desde 1275, acabó con la anarquía imperante desde los últimos años del reinado anterior, neutralizó la revuelta de los barones catalanes, obligó a su hermano Jaime III de Mallorca a declararse feudatario suyo y, a la muerte de este, en 1349, Mallorca quedó anexionada de nuevo a Aragón. Con unas alianzas exteriores adecuadas, Pedro quiso garantizarse la amistad de sus vecinos y tener las manos libres para actuar en Sicilia; y así, confirmó la amistad con Castilla, desvaneciendo así los temores que suscitaba en el rey castellano ver refugiados en Aragón a los infantes de la Cerda, pretendientes a la Corona de Castilla, pretensión que gozaba del apoyo de Felipe III de Francia, hermano de Blanca de Francia, madre de los infantes. Casó a su hija Isabel con Dionís de Portugal y trató el matrimonio de su primogénito, Alfonso, con Leonor de Inglaterra. Con los gibelinos mantenía una estrecha relación gracias a Juan de Prócida, un caballero siciliano, y aprovechó la revuelta contra Carlos de Anjou —las llamadas «vísperas sicilianas»— para invocar los derechos de su mujer, Constanza, a la corona siciliana. Para hacerlos valer necesitaría una armada, como la necesitó Jaime I para conquistar las Baleares. De esa armada, de esa marina, de la expansión por el Mediterráneo les hablarán otros ponentes.